

CLAUDIA--CESARONI

1973
1983

CRECER EN
TIEMPOS
TURBULENTOS

Diarios y recuerdos

PAIDÓS

CLAUDIA CESARONI

1973-1983
CRECER EN TIEMPOS
TURBULENTOS

DIARIOS Y RECUERDOS

 **PAIDÓS**

Índice

Introducción	13
1973, 10/11 AÑOS	
Quiénes somos	17
El principio del horror	32
1974, 11/12 AÑOS	
El general y los adioses	41
1975, 12/13 AÑOS	
Novios	57
La vida y la muerte	58
El Normal	62
Campeona	71
1976, 13/14 AÑOS	
La niña y el dolor	82
La vuelta a clases	110
Marcelo, el celador	120
Mi padre, mi madre, mi hermana, mi hermano	130
¿Adónde <i>Vamos</i>?	156
El campamento del amor	171

1977, 14/15 AÑOS

Un mundo nuevo	190
Teresa, Pablo, Inés, una carta, un padre y unas madres	198
<i>Etcétera</i>	221
Al frío, a la nieve, a la Madre Patria	228
Los 15	242
Tiempo de decisiones	245
Navidad del '77	253

1978, 15/16 AÑOS

Militancia a la panameña	265
Fin de la inocencia	273
Un campamento para todas y todos	276
Joven comunista	280
Argentina para todo el mundo	286
La casa, la calle, la escuela	301
Tambores de guerra	309

1979, 16/17 AÑOS

La Paz y la Revolución	325
Bariloche y Nicaragua	338
Una visita y un Mundial	345

1980, 17/18 AÑOS

Al mar y al río	358
¡Soy universitaria! (por un ratito)	367
¿A la colimba?	377

1981, 18/19 AÑOS

Un amor y un viaje a Brasil	390
Una noche de terror	397

Tía y futura abogada	406
Una polémica ilustre	412
El comienzo del fin	417

1982, 19/20 AÑOS

Al Sur, al amor	425
Las dos plazas	430
Después de Malvinas	456

1983, 20/21 AÑOS

Se van se van	473
El camino hacia las elecciones	478
Vamos con Herminio y Luder	505
Perdimos	518
¿Y nunca volverán?	523

Agradecimientos	525
------------------------	-----

Introducción

*Vivimos demasiado poco para escribir de otras cosas
que no fuésemos nosotros mismos.*

SAMUEL BECKETT, CITADO POR FABIÁN CASAS EN
DIARIOS DE LA EDAD DEL PAVO.

En 2023 se cumplen cuarenta años del retorno a la democracia. Comienzo a revisar agendas. Las conservo desde 1982 —el último completo en dictadura— junto a mis diarios, libretas y cuadernos de infancia y adolescencia. Quiero armar una historia personal y colectiva de estas cuatro décadas. Empiezo a trabajar. Tomo fotos de cada página y las guardo en mi computadora. Mientras ordeno volantes, cartas, entradas a recitales y dibujos en folios etiquetados por año, Alejandra Álvarez, una investigadora¹ que trabaja sobre las revistas estudiantiles en dictadura, me pide una entrevista para hablar de *Etcétera*, la publicación de la Escuela Normal de Quilmes en la que primero colaboré, en 1977 y 1978, y a la que luego dirigí, en 1979. Charlamos

1. Agradezco a Alejandra haber disparado esta necesidad de contar. Aquí, su artículo sobre *Etcétera*: <<https://revistas.academia.cl/index.php/tiempohistorico/article/view/2576/2661>>.

una hora vía Zoom y, para poner en contexto esa experiencia, le cuento de mi militancia en la juventud comunista, de amigas íntimas, de amores, de los campamentos educativos, de todo lo que sucedió en esos tiempos de estudiante secundaria, un poco antes y un poco después. Ella me hace notar que no hablo con tristeza de aquellos años, la mayoría vividos en dictadura. Me comenta que otros y otras entrevistadas, dos o tres años mayores que yo, recuerdan la época con un registro distinto. “El tuyo no es un relato sombrío, hay alegría.” Efectivamente, cuento desde la alegría. Me escucho diciendo, a modo de explicación: “no todo era tierra yerma”. Alejandra me pregunta si en tiempos de dictadura no tenía miedo. Le respondo que sí tenía, pero que era una militante, y que el miedo no era el sentimiento prioritario para mí, sino la convicción y la determinación. Quizá, también, cierta inconsciencia.

Termina la entrevista y me quedo pensando en que se habla poco sobre las otras cosas que pasaban en dictadura, además del horror, la censura y el silencio. Había risas, amor, organización, compromiso político, luchas, esperanzas, lecturas, películas, música, convicciones y deseos. En particular, se habla poco de quienes pasamos nuestra adolescencia durante esos años: no fuimos parte de la generación de los 70, y llegamos mayores de edad a 1983. A veces se nos llama la generación perdida, y yo creo que no lo somos, que se recuperó la democracia, también, desde las múltiples expresiones vitales de las que fuimos protagonistas.

Me digo: ¿por qué no hablar de nosotras y nosotros? Y pienso que quizá necesite ir un poquito más atrás, a 1973, un año clave del que se cumple medio siglo.

Voy a buscar en mis diarios, mis anotaciones, los recuerdos que guardo y los que guardan mis amigas y amigos de la escuela primaria y de la secundaria, mis compañeras y compañeros de los años de militancia en la Fede. Amplió el círculo, pregunto en Facebook a las personas con las que tengo vínculo: ¿quieren contarme qué les pasó a ustedes, que son de mi edad, o están

cerca, y vivían como yo en el conurbano bonaerense, en esos años? Entre 1973 y 1983 crecí, salí de la infancia, atravesé un golpe de Estado, viajé, amé, lloré muertes y fracasos y festejé victorias y revoluciones, reclamé por la vida de compañeros, organicé luchas y repetí consignas sobre las que dudaba, voté por primera vez y perdí, acompañé a Madres, Abuelas y Familiares y gané para siempre un espacio donde estar. Y todo eso, obviamente, lo hice como parte de múltiples colectivos: lo hicimos. Mi mejor versión como persona es la que se forjó en aquellos años, y eso después se expresó en otros órdenes de la vida, ya fuera de la militancia partidaria. Esos años de formación son los que moldearon lo mejor de muchos de nosotros y nosotras, construyéndonos como parte de un todo, de múltiples todos, y por eso, con otras y otros, los quiero contar.

Almagro, ciudad de Buenos Aires, entre los inviernos de 2023 y 2024.

1973, 10/11 años

*allá en la bella infancia
tu rostro era otro rostro
y su asombro
cuelga de ciertos árboles*

JUAN GELMAN

*De verdad que no sé bien de qué parte de España
es mi familia. No creo que seamos parientes muy
cercanos, pero si usted es capaz de temblar de
indignación cada vez que se comete una injusticia en el
mundo, somos compañeros, que es más importante.*

ERNESTO CHE GUEVARA

Quiénes somos

Como cada verano desde que tiene memoria, en enero la nena y su hermano se van de vacaciones a Mar del Plata con la abuela y el abuelo maternos. Esta vez el abuelo alquila un departamento en la calle Falucho, cerca de la playa y del centro de la ciudad. Se quedan todo el mes, pero él solo va los fines de semana, porque el resto de los días trabaja en Buenos Aires como tenedor de libros para alguno de los integrantes de la familia Bustillo, que pone su apellido a los caserones más lindos de la costanera marplatense. El abuelo llega los viernes a última hora con su

Peugeot 404 marrón claro cargado de mercadería, más barata en Bernal que en Mar del Plata. Le gusta decir a su nieto: ¡Reventá!, y disfruta verlo comer con angurria adolescente las cosas que trae. La nena prefiere la compañía de la abuela, una siciliana de preciosos ojos celestes, a la que adora hasta cuando le dice que es como un cachorro salvaje porque no ha sido bautizada. A la nena eso le causa más gracia que preocupación, y le gusta acompañarla a la iglesia donde hace sus rezos. Durante un tiempo, incluso, la imita: antes de dormir, también eleva sus plegarias imitando a Cleo, la hermana mayor de la Familia Telerín, un dibujito español que pasan en la tele cada noche a las 22 para mandar a niñas y niños a la cama.

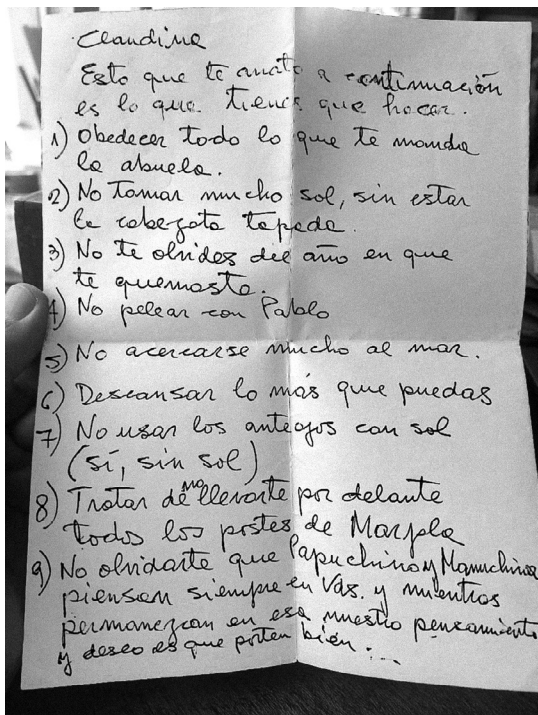
Antes de partir desde Bernal, el padre le entrega un listado de instrucciones. Algún verano, la nena se había insolado, y el año anterior, distraída, se había llevado por delante un car-

tel en la calle, lo que explica los puntos 2-3 y 8 del listado. El 4 es un clásico.

Al papá y su orden virginiano le debe de haber molestado que faltara un consejo para llegar al decálogo, así que lo agregó en otra hoja:

10) Cuidado con las bebidas muy frías.

En cada uno de los viajes que hace el abuelo



entre Bernal/Mar del Plata/Bernal, lleva y trae cartitas y revistas. El padre combina las recomendaciones amorosas y las noticias cotidianas con textos pensados para hacerla reír. A la nena esa es una de las cosas que más le gusta de él, y de todos los hombres que amaré en su vida:

Querida Brujita. Me alegró mucho recibir tu carta, lo que lamento es que quedé con el cogote torcido, pues tu letra cada vez se inclina más a la izquierda. No me gusta nada que te internes en el agua en la parte honda. Me parece que el papelito que te entregué antes de tu partida, debe estar doblado en algún rincón de la valija. Respecto de tu pregunta del teléfono te diré que efectivamente lo tenemos, pero lo hice yo con dos latas vacías y un hilo. Mamá y no nos hablamos de una habitación a la otra. Qué divertido. (...) Desde que te fuiste mis pantalones, léase talompas, están impecables. Por qué será. Te dejo enanita, tengo que trabajar, chau, muchos besotes y muaaa. Papá.

La madre también combina la preocupación con una ternura que —siente la nena—, solo se manifiesta en las cartas, pero no en abrazos, besos y caricias: no los recibía de niña, se lo reprochará muchas veces de adulta. Algún día entenderá que se trataba más de una incapacidad que de una decisión:

Querida Pilusa. Me gustó mucho tu cariñosa cartita, aunque no me parece que estés haciendo mucho caso a todas las recomendaciones que te hicimos. Tené más cuidado y obedecé a los abuelos. Me alegra que hayas encontrado a una buena amiga y espero que te diviertas sin peligro (...) Te mando un beso muy grande y un abrazo muy fuerte para todos. ¡Que lo pasen muy bien! Cariños. Mami. PD: ¿Nunca pasan por el Hermitage cuando empiezan o terminan los almuerzos de Mirtha Legrand? Siempre me fijo por si los veo.

La madre se refiere a las cientos de personas que se juntan cada día frente al hotel donde la conductora televisiva más

famosa (en aquel año y cuarenta después) realiza su programa. Asisten a los shows musicales que se ofrecen al finalizar los almuerzos, y al largo rato de saludos que prodigan al público presente Mirtha y sus invitados. “Si van al Hermitage, tendrán que hacer algo especial, porque hay tal gentío, que apenas se distinguen las caras (Podrías subirte arriba de Pablo y agitar el sombrero)”, sugiere. La nena, el hermano y la abuela lo intentan, pero en pleno post mediodía y corridos por el rayo del sol, desisten rápidamente de saludar a Mirtha y de salir por la tele.

* * *

El padre completa sus ingresos de empleado público trabajando en un espacio político cultural en el que se reúnen profesionales y artistas peronistas. Está al frente de una pequeña cafetería, gracias a la recomendación de uno de sus sobrinos. En una de las cartas que envía ese verano, cuenta: “Mamá está haciendo unas tortas que matan, de buenas. Todos los días una nueva. Por favor vuelvan pronto así me ayudan a terminarlas”. Y la madre completa: “En cuanto a las tortas, se trata de la tarta de ricota que salió rica pero poco presentable. Durante dos días fue desayuno, almuerzo, merienda y cena. Hoy mandé una pastafrola, a ver qué pasa. ¡A lo mejor encontré una fórmula para diezmar peronistas!”.

Obviamente no quiere envenenar a los clientes de su marido, pero sus deseos recónditos aparecen con el chiste de las tortas incomibles. Rechaza al peronismo desde muy joven, cuando era una fogosa militante del Partido Socialista dirigido por Juan B. Justo y Alicia Moreau de Justo.¹ Arrastra un odio que fue

1. Mi madre conservaba el borrador de una carta que le escribió a Alicia Moreau de Justo en 1952, a sus veintitrés años, en el que le manifiesta su decepción por el modo en que el PS combate al peronismo, y la respuesta de la lideresa socialista. Los textos completos de ambas cartas se pueden ver en Claudia Cesaroni, *Pensami*

visceral y que va a durar hasta que irrumpa en su vida la forma de peronismo que encabezaron Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, a quienes amaré sin fisuras. A los dieciséis años había sido testigo de un hecho trágico: el 21 de febrero de 1946, luego de un acto a favor de la candidatura presidencial de Juan Domingo Perón en Bernal, a metros de la Biblioteca Pública Mariano Moreno donde ella pasaba sus tardes, dos jóvenes militantes socialistas participaron de una pelea que comenzó en el bar Munich, ubicado frente a la estación del tren, con algunos de los asistentes a la concentración, y en absoluta minoría, terminaron muertos. Pocos días después, el 24 de febrero, Perón se imponería en las elecciones sobre la Unión Democrática, que aglutina a todos los partidos políticos, de derecha a izquierda, más el apoyo de la embajada norteamericana: “Braden (el embajador yanqui) o Perón” sería la opción planteada por los ganadores. La madre conocía a los dos jóvenes, Jorge Bakmas (21) y Julio Rivello (19),² que integraban el Centro de Estudiantes de la facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de La Plata, y eran habituales visitantes de la biblioteca Moreno. Sumida en el dolor, escribió un texto publicado en un folleto en octubre de ese año, en el que inscribía esas muertes en el marco de la lucha por la libertad y contra la dictadura, definiendo así al gobierno peronista, aunque hubiese surgido de elecciones democráticas. En 1946 también se recibió de maestra en la Escuela Normal, pero se negó a ejercer: no quería enseñar con los textos oficiales, ni afiliarse al partido peronista, ni hubiera aceptado usar luto por la muerte de Evita.³ Recibió con alivio y festejó el golpe mili-

e amami. Una historia de amor entre Roma y Buenos Aires, Buenos Aires, Tren en Movimiento, 2021, pp. 198 a 207.

2. <<https://elquilmero.blogspot.com/2009/09/historia-de-desencuentros-bernal-1946.html>>.

3. “Con los docentes las cosas fueron más complicadas. Las políticas educativas iniciadas por el gobierno de facto desde 1943, en especial la introducción de la enseñanza religiosa en las escuelas, significaron una fuerte intromisión en las tradiciones

tar de 1955, que ponía fin a lo que consideraba una tiranía. Su marido, que la había conocido en reuniones partidarias, tiene una mirada más cercana a lo popular en general, y también en sus posiciones políticas. Y su vínculo directo con su hermano menor Jorge y con varios de sus sobrinos mayores —todos peronistas— también lo predisponen a esa cercanía.

* * *

A la vuelta de las vacaciones, el hermano da las materias que debe y pasa de año. La nena a mira celosa cómo la madre lo abraza feliz el día en que vuelve triunfante de la escuela, boletín en mano. No son abrazos que le prodigue a ella, que quizá desde entonces supuso que podía no necesitarlos.

* * *

Cuando termina de almorzar, la madre corre los platos, se apoya sobre sus brazos, y duerme una corta siesta allí, en medio de los restos de comida. La casa, a la que la familia se mudó dos años antes gracias a un crédito del Banco Hipotecario Nacional, se afea de a poco. Es una casa grande, ubicada en una esquina, con garaje, lavadero y terraza. Cuando llegaron estaba impecable. A la nena le parecía una mansión. Ahora hay mugre, grasa, un desorden que rechaza y la malhumora. No hay ninguna persona que ayude en las tareas de limpieza, así que se

laicas que sostenían la mayoría de las entidades gremiales docentes. Las medidas en beneficio de los educadores llegaron más tarde y de manera menos satisfactoria que para el caso de otro tipo de asalariados. Por otra parte, el slogan 'alpargatas sí, libros no', que se hizo escuchar en manifestaciones peronistas, no podía sino agraviarlos": Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión*, Buenos Aires, Crítica, 2019. Ver también: Marina Kabat, *El control estatal a la docencia en los primeros gobiernos peronistas*, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Hallazgos, vol. 18, nro. 36, pp 53-101, 2021: <<https://www.redalyc.org/journal/4138/413868675003/html/>>.

hacen a las cansadas y sin método. Ella mantiene su habitación, el hermano la suya. Hay una mesa auxiliar en la cocina que día a día va llenándose de objetos: papeles, revistas, envases, adornos, tapitas, restos de cosas. Cuando el amontonamiento le resulta insoportable, la ordena y limpia. No porque alguien se lo pida, sino porque le afecta ese desorden. El padre lava la ropa grande a mano —no hay lavarropas—, se da maña para las cuestiones básicas de mantenimiento, y apenas se mudaron pintó las paredes del hall, las habitaciones y el comedor. Cocina los fines de semana las comidas que más le gusta oler a la nena: fideos con tuco y *frappe*, un dulce italiano que el padre amasa a la noche, y entonces toda la casa amanece con el perfume de decenas de esos rectángulos de masa delicada, cortados al bies en cada extremo y cubiertos con repasadores blancos. Los va friendo de a tandas, para luego espolvorearlos con azúcar. Algunos domingos hace asados en la parrilla de la casa de los abuelos maternos. La madre se ocupa de las compras, del lavado de ropa salvo sábanas y toallas, y de cocinar a diario. El padre llega tarde de trabajar, la madre después de la escuela se va al sindicato, así que la nena pasa las tardes en casa de su abuela Carmen: almuerza, mira novelas y el programa *Buenas tardes, mucho gusto*, lee revistas de chimentos, hace los deberes sin ayuda, y la madre la pasa a buscar a la noche, cuando termina con sus actividades en la Unión de Educadores de Quilmes. A veces la nena la acompaña y pasa horas allí, hastiada hasta que al fin se van y antes de tomar el colectivo de vuelta a su casa, cenan unas porciones de pizza en la pizzería *Rivadavia*, que está sobre la peatonal del mismo nombre, frente a *El Piave*, una de las heladerías tradicionales de Quilmes. En el garaje que no usan como tal porque nunca tuvieron ni tendrán auto, hay una enorme estantería de madera donde la madre guarda miles de recortes de revistas infantiles, recetas de comidas que nunca prepara y notas sobre cuestiones generales que usa para sus clases, o que conserva por si acaso pudieran servir. También hay pilas de ejemplares de la revista *Selecciones de Reader Digest* compradas por el padre, que

la nena devora sentada en una reposera en las tardes de verano. Y una Santa Rita hermosa, color lila. Cuando no sale a andar por el barrio, la nena sube a su bici verde, se toma del tronco de la Santa Rita y da vueltas a su alrededor, haciendo equilibrio. La práctica le sirve para andar en la bicicleta sin manos, una de sus habilidades. La otra es subirse a un par de patines de hierro, pesadísimos y antiguos, y desplazarse a toda velocidad por las calles de Barrio Parque, Bernal, donde la familia vivió antes de mudarse. La nena nació en Quilmes, en un sanatorio ubicado en la calle Alvear, donde años después se instalarían los tribunales de la justicia civil. Eso implicó una mejora con respecto al nacimiento de su hermano, seis años antes, el día de la primavera de 1956, en el Hospital Rivadavia. La madre contaba con pesar que allí, después de parir, había tenido que ir al baño con la puerta abierta, o sin puerta, en un pabellón común. Cuando la nena llegó al mundo, el primer día de octubre de 1962, la situación económica de la familia era apenas un poquito mejor, y la madre pudo parirla en un sanatorio pagado por su obra social. Vivieron hasta 1971 en un barrio lleno de chalets amplios, con techos de tejas, jardines y fondo. Su casa estaba a tres cuadras de la estación de Bernal, y desentonaba con el chalecito de tejas de al lado, y con la gran casa de la esquina, de estilo americano. Era un primer piso derruido que alquilaban a un señor que vivía en Banfield. No tenían agua, salvo la que caía desde los techos cuando llovía y la que recogían en pesados baldes de hierro de las canillas que había en un piletón de piedra en el patio. Cuando al fin se van a mudar la nena comienza a tener convulsiones y no puede participar del acontecimiento. La llevan a la pediatra de toda la vida, la misma que la había “curado” de sus mareos. Le agarraban cada vez que se subía al auto del abuelo y la médica había encontrado una medicina mágica: merthiolate con el que le pintó la panza de rojo. Santo remedio. Pero para una convulsión no hay engaño que sirva, así que la deriva a un especialista que le hace estudios raros: le pega cables en la cabeza con una especie de masa maloliente y la tiene un largo

rato en una camilla, midiendo el funcionamiento de su cerebro. Resultado: hay una lesión interna, algo que se pronuncia disritmia y que implicó años de visitas al neurólogo, prohibición de comer chocolate por excitante, y una pastilla que la nena debe tomar cada día. Cuando se hace la mudanza se queda en casa de sus abuelos. Duerme en la que fue la habitación de su tía Susy, a la que casi no conoce. Once años menor que su madre, se había ido a vivir a Panamá meses antes de que ella naciera, después de casarse con un joven panameño de condición muy humilde, que había elegido Buenos Aires para cumplir su sueño de ser ingeniero naval. El muchacho no podía pagarse una carrera en una institución privada, por lo que entre Perú y la Argentina, los dos países donde se estudiaba la carrera, eligió la Argentina, y recaló en el país que gracias a la universidad pública y gratuita le dio un título y gracias a la hermana de un compañero de estudios, vecina de la tía de la nena, le dio un amor. Mucho tiempo después llegó a ser jefe de esclusas del Canal de Panamá, una de las obras de ingeniería naval más maravillosas del mundo.

* * *

Mientras se hace la mudanza y la nena disfruta del cuidado de la abuela en la habitación de la tía, llena de objetos hermosos —como una cómoda con espejo y un montón de frasquitos de perfumes—, el padre la visita todos los días y le deja cartitas, dibujos y revistas de historietas: *Hijitus* y *Patoruzito*. Cuando al fin puede ir a la casa nueva se pasa las tardes preparando tés para visitas imaginarias, fascinada porque de las canillas sale agua, y decorando su pieza, nueva y exclusiva para ella. El abuelo le compra el juego de muebles, que elige de color blanco: una cama con mesa de luz, una cómoda con seis cajones y un espejo, y una silla mecedora. En la habitación con piso de madera, grande, luminosa, los dueños anteriores habían dejado un placard que ocupa toda una pared. La ventana da a la calle. Con la abuela y la madre la nena elige cortinas y una colcha

haciendo juego. Son coloridas, hermosas. El hermano duerme en un cuartito que hay en el patio, con baño propio y llave. La casa tiene dos accesos. En el principal, sobre la calle Zeballos, después de un pequeño jardincito que nadie cuida hay una puerta pintada de blanco. El padre remueve la pintura, la lija y la cubre de barniz, y el resultado es una bellísima puerta que da entrada a un hall con unos sillones de mimbre, una biblioteca alta y otra más pequeña, las dos de madera, y una mesa ratona con el tocadiscos Wincofon donde el padre escucha tangos y folklore —la *Misa Criolla* de Ariel Ramírez y Félix Luna y *Mujeres Argentinas* en la voz de Mercedes Sosa suenan una y otra vez cada domingo—, y la nena, sus discos de colores de *Alta Tensión*. En la biblioteca grande, al lado de uno de los sillones, a partir de 1977 y luego de años de espera, llegaría el teléfono (252-1391). Era medido, así que la madre compra un reloj de arena en el que el último granito que cae marca los tres minutos: hay que prestar atención y cortar antes. Después de las diez de la noche o antes de las ocho de la mañana no es necesario poner límites a la charla, a esas horas solo se cobra una llamada, aunque se hable horas, como hace la nena con su amiga Silvia. Todas las habitaciones —la de la nena, la matrimonial y el pasillo que une el comedor con el comedor diario— tienen puertas. Entre el comedor diario y la cocina hay una corrediza. En la otra casa no había puertas de ningún tipo. Solo en la entrada y en el baño. Las habitaciones tenían unas cortinas verdes, pesadas, que las reemplazaban. Aquí los pisos de las habitaciones y el comedor son de madera, las puertas y las ventanas también. Y hay agua. Agua por todos lados, abundante, preciosa. En la pileta de la cocina y la del lavadero, en el lavatorio, en el bidet y la ducha del baño, en la canilla baja del patio, en el bañito del hermano. La nena disfruta de esa oferta de agua potable sin límites. No hay pesados baldes de metal que deba llenar como hacía en la otra casa, la de Deán Funes 114, en ese piletón de piedra donde años atrás bebían los caballos. Desde allí, por una escalera también de piedra

se subían esos baldes con el agua que solo alcanzaba para lo básico: higienizarse, tirar en el inodoro, cocinar y lavar los platos. Lavar la ropa grande lo tenían que hacer en casa de los abuelos, a dos cuadras, sobre la calle Sáenz Peña. Bañarse con comodidad y sin tachos, también. La nena, desde muy chica, es particularmente sensible a los olores. Pasa mucho tiempo con su abuela. Detrás de su casa había una fábrica papelera, donde hoy está la Universidad Nacional de Quilmes, y el olor invade a veces el jardín donde crecen un limonero, un ciruelo y una planta de albahaca. Y muchas más plantas y árboles, pero esos son los preferidos de la nena junto con el jazmín que perfuma el jardincito de adelante, el que da a la calle.

* * *

En la nueva casa la nena puede bañarse una, dos veces al día si hace mucho calor. Puede hacer pis y caca y apretar un botón y mirar cómo una catarata de agua arrasa con todo. Puede quedarse un largo rato bajo la ducha, mientras habla sola y se inventa historias. Puede lavar las zapatillas o los jeans en el lavadero, y colgarlos al sol en la terraza. Puede ofrecer cafés batidos al padre, llevarle la pava para el mate al hermano y de paso pispear lo que habla con sus amigos y compañeros de militancia, envidiar su independencia, tirarse en su cama y revisar sus libros y revistas cuando no está. El cuartito donde vive el hermano casi todo el tiempo que para en la casa —que cada vez es menos— está al lado de la puerta del garaje que da a la calle Guido Spano, cerquita de la Santa Rita y a pasos de la terraza donde cuelgan la ropa y donde la nena sube a hacer una de las cosas que más le gusta en su nueva casa: leer al sol en las tardes de otoño, o cuando el invierno aún no es muy cruel, acurrucada contra la pared.

* * *

En las elecciones nacionales del 11 de marzo la madre vota a la Alianza Popular Revolucionaria (APR). La fórmula la encabeza el médico de Banfield y ex gobernador de la provincia de Buenos Aires, Oscar Alende, de la Unión Cívica Radical Intransigente. El demócrata cristiano Horacio Sueldo es el candidato a vicepresidente. Quien gana esas elecciones es Héctor J. Cámpora, porque Perón no es habilitado a presentarse por la dictadura encabezada por el militar Alejandro Agustín Lanusse. La consigna de la época es “Cámpora al gobierno, Perón al poder”. Después de dieciocho años desde el golpe de 1955, es posible volver a votar libremente, sin la proscripción del peronismo, aunque sí de su líder. La transición entre dictadura y democracia no es, ni en ese año ni cuando vuelva a suceder, diez años después, ni absoluta ni definitiva ni armoniosa. Por ejemplo, una semana antes de la asunción de Cámpora a la presidencia, el 18 de mayo, el gobierno de Lanusse emite la “ley” 20.416, Ley Orgánica del Servicio Penitenciario Federal. Una semana después, en la cárcel de Devoto, sucede uno de los hechos fundantes del nuevo gobierno: la liberación de los presos políticos (y algunos de los “comunes”, llamados así en oposición a quienes están detenidos por acciones con motivaciones asociadas a alguna forma de militancia), conocida como “Devotazo”. La ley orgánica del SPF está aún vigente, cincuenta años después de creada —no “sancionada” porque fue uno de los tantos artefactos jurídicos producidos por un gobierno militar, por lo tanto no pasó por el proceso de creación de leyes que establece la Constitución Nacional—. Como tantas otras, fue validada por los gobiernos democráticos posteriores a la dictadura de Lanusse, y por eso la llamamos “ley”. Nunca ha sido reformada en todo este tiempo.

* * *

Las huellas de las dictaduras no son solo locales:

Marita de L.⁴ Yo estudiaba Trabajo Social en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Vivía en una residencia universitaria de monjas, casi todas españolas, ubicada en Ayacucho y Corrientes. La plata no sobraba y las fotocopias no las podía pagar. Por eso me hice habitué de la Biblioteca del Congreso Nacional a la que iba diariamente con mi cuaderno para sacar apuntes. Soy extremadamente curiosa y con la vista recorría casi todo. Un día me encuentro sobre una mesa con un tarjetón en el que estaba impreso un poema de (para mí) “un tal Miguel Hernández” que me cautivó. Lo escribí en una hoja y lo pegué en el vidrio de la habitación que compartía con una compañera. Venía Semana Santa y me fui a mi pueblo. Al regresar veo que el papel con el poema no estaba más en el vidrio. Mi compañera me dijo que vino una de las monjas y lo arrancó con furia. Le dijo a ella que yo la buscara cuando volviera porque quería hablar conmigo. La busco y de la nada empieza a gritarme y a decirme cómo había sido capaz de semejante blasfemia. Que lo que hice fue escandaloso. Que ellas (las monjas) eran franquistas y que tenía que lavarme la boca con jabón antes de hablar de Franco. Yo, petrificada, asustada y muda. Al día siguiente lo primero que hice fue pedir el libro que me explicara quién era ese señor. Cuando lo leí y supe lo que hizo me enamoré de él y empecé a odiar a ese Franco y a sus seguidoras monjas franquistas. Tenía al enemigo en casa. Pero lo más valioso fue que me ayudó a comprender que hay un lugar en una donde pasan los que una quiere. Miguel Hernández vive arropado en mi corazón

4. Los testimonios con nombre de pila e inicial de apellido son de personas que aceptaron mi convocatoria pública a contar experiencias personales vividas en aquellos años, sobre todo, pero no de modo excluyente, en la zona sur del conurbano bonaerense. Un usuario de la red social X, *El Editor @ProfetaArgen*, el 24 de marzo de 2024 realizó una invitación similar: “@ProfetaArgen Abro hilo para que cuenten sus anécdotas familiares sobre la dictadura, lo que les hayan contado o recuerden. Al odio y la mentira le ganamos con memoria. Los leo.” Aquí pueden leerse relatos de personas y de familias —la de él mismo— que durante muchos años no fueron plenamente conscientes del modo en que el horror las atravesó: <<https://x.com/ProfetaArgen/status/1771735029023936976?t=5MTHg8pPA0BR5MVJMKFWZg&s=08>>.

desde entonces. Era 1973. Era como si me estuviera preparando para lo que vendría después. Supe que tenía un lugar en el cuerpo al que los milicos no podían acceder, más allá de que mis libros permanecieran ocultos en el taparrollo de la ventana de ese cuarto.

* * *

La represión legal e ilegal durante esa transición también adelantaba lo que vendría de modo masivo poco tiempo después:

Lilia Beatriz M.: Tenía dieciocho años en 1971, cuando ingresé a *Silvino Llana e hijos*, una cadena de supermercados importante en aquellos tiempos. Me desempeñaba como cajera, hasta que en 1973 me trasladaron a trabajar como supervisora a la sucursal de San Martín y Rivadavia, a una cuadra de la estación de Quilmes.

Un día estábamos en el vestuario las que entrábamos en el horario de la mañana, tipo 7.30. Una compañera, Graciela, me propone hacer un paro, o protestar por sueldos, horarios, comidas. En fin, un montón de cuestiones con las que no estaba de acuerdo con respecto a la empresa. Le digo que no, pero desde ese día no la pierdo de vista porque me llama la atención su comportamiento. Salía más temprano o faltaba, y repartía papeles impresos que tenían que ver con los militares. No recuerdo muy bien qué decían. Mi inexperiencia y el control de mis padres en cuanto al horario de llegada a mi casa (eran muy estrictos) no me permitía ni siquiera ir a tomar un café con Graciela. Recuerdo un martes. Ella estaba nerviosa, tenía los ojos rojos. Graciela era muy prolija, rubia, alta, elegante, pero esa mañana parecía no haber dormido bien. Estaba irreconocible.

Trabajamos hasta las 13, lo normal. Teníamos horario cortado, y a la tarde, a las 19, me piden que dé aviso de cerrar las puertas del mercado porque había problemas en la plaza de la estación. Recuerdo el sonido como de ambulancias o bomberos. Graciela me pide que la espere para salir juntas. Fue así. Caminamos una cuadra, hasta Hipólito Yrigoyen y Rivada-

via, justo frente a la plaza de la estación, era impresionante la cantidad de policías que había (eso supuse que eran). Graciela caminaba a mi lado como escondiéndose, como si hubiera hecho algo malo. De repente siento que me tironean de la mochila, me doy vuelta, un bigotudo enorme, armado y con ropa de milico me pide documento. Con Graciela hacen lo mismo. Me preguntan de dónde vengo, adónde voy, si conozco a Graciela. “¡Tirate al piso! ¡Manos en nuca!” Desde donde estaba me doy cuenta de que la mayoría de mis compañeros del mercado estábamos en esa situación. Llorando, pidiendo por favor, recuerdo textuales palabras que dije con desesperación: “Por favor, quiero ir a mi casa. Mis padres me están esperando. Vivo con ellos, tengo hermanas, yo estudio. Tomo el 278 que me lleva hasta la parada donde mi papá me espera todas las noches. Por favor, yo soy una chica de su casa”. El policía, metralla en mano, caminó hacia una furgoneta tipo Rastrojero, en aquella época eran comunes, y habló con dos o tres. Vuelve y me levanta de un brazo con violencia, me pega un manotazo en el hombro y yo pienso, “este me mata”. Graciela no tuvo tanta suerte. La subieron a un coche de los pelos, le pegaron, la hicieron sangrar. Ella gritaba y pedía por favor. Lo último que vi fue su camisa a cuadros y su pantalón turquesa sucios de tierra y sangre. Nunca más supimos de ella, y yo volví a nacer. Llegué a destino, bajé del colectivo y ahí estaba mi amado papá esperándome como todas las noches. Era una boca de lobo mi barrio, habían cortado la luz. Por la Avenida 12 de Octubre seguían circulando coches de los militares haciendo de las suyas.

Lilia ubica este episodio en mayo de 1973. Le he preguntado varias veces si está segura de la fecha, porque parece más bien un hecho sucedido cerca de 1976. Lo está. Podría ser justo en el período entre las elecciones y la asunción de Cámpora. No sabe si esa joven quedó detenida, solo está segura de que no volvió a verla. Para esa fecha no hay registro oficial de una persona secuestrada y desaparecida en Quilmes. Quizá la echaron,

o dejó el trabajo. Quizá se mudó, o nunca se la identificó como militante y por eso no aparece en ninguna lista.

El principio del horror

Hoy estamos solas, mi madre y yo. Es martes, es el Día del Maestro. Por eso no fuimos a la escuela, porque hay asueto. O quizá sí fuimos, y ya volvimos,⁵ ella cargada de carteras, floreros y flores, blusas, collares, jueguitos de té en miniatura, adornos para festejarla en su día. Algunos de los regalos son horribles, pero se valoran y conservan porque provienen de sus amados alumnos. Hayamos ido o no a la escuela, al mediodía ya estamos en casa. Mi madre prepara la comida habitual y sencilla: bifés con ensalada, y almorzamos. La tele está prendida, como siempre. Terminamos de comer, voy al baño. Vuelvo, y veo a mi mamá derrumbada sobre la mesa. Pero esta vez no duerme. Las imágenes muestran un edificio humeante: es el palacio de La Moneda, la casa de gobierno chilena, y la humareda es porque los militares la están bombardeando. Allí adentro está el presidente Salvador Allende, no se informa si vivo o muerto, pero mi madre sí parece saber que ya está muerto, y llora. Un poco por él, por ese médico con aspecto bonachón que intenta recorrer la vía pacífica al socialismo desde su asunción, el 4 de setiembre de 1970; y un poco porque probablemente, como me

5. Como muchos de los aspectos de estas historias, a mi memoria, mis anotaciones y las entrevistas que realizo, se suman consultas públicas que hago en Facebook o en X. En este caso, Matías Tilocca buscó el texto del Calendario Escolar de ese año en la Biblioteca Nacional de Maestros, que establecía el 11 de setiembre, así como el 21 del mismo mes, como de "receso escolar"; y Gabriel Pipkin en el mismo sitio encontró el decreto 21.215 del 10 de setiembre de 1945, firmado por el entonces presidente Edelmiro Farrell, que establecía que ese día debía conmemorarse en los establecimientos educativos de todo el país. De todos modos, sigue habiendo personas que aseguran que no había clases, otras que no había clases pero sí actividades en la escuela, y otras que con la misma convicción afirman que directamente se trataba de un día de asueto.

pasa exactos cincuenta años después al ver en la tele a personajes de derecha y de ultraderecha haciéndose cargo del gobierno de la Argentina, cuando mi madre ve esas imágenes se da cuenta de lo que preanuncian. Si los militares chilenos son capaces de bombardear La Moneda con el presidente adentro, ¿qué no se atreverán a hacer con el pueblo? Más adelante siguen llegando fotos y grabaciones: en un estadio de fútbol se amontonan personas detenidas, a otras se las acribilla en la calle. Por la onda corta de Radio Moscú, en mi radio Noblex 7 Mares, pasaré muchas noches atenta a las noticias del programa *Escucha Chile*. Pero eso será años después. Ahora es 11 de setiembre, y solo veo a mi madre llorando, derrumbada sobre la mesa, sabiendo del horror que se avecina.

* * *

Cuando empiezo sexto grado llega a la escuela la señorita Sonia. Flaca, rubia, el pelo suelto y lacio, la cara lavada, sin una gota de pintura, siempre con jeans, fumadora y malhablada, es todo lo opuesto al resto del plantel docente, incluida mi mamá. La amo desde el primer día. Me hubiera encantado que fuera mi maestra. La mía es la señorita Haydée, a la que también adoro porque es dulce y amorosa, pero Sonia reúne lo cariñosa con lo transgresora, y eso la hace única. Trato de estar con ella todo lo que puedo, incluso cuando no hay clases pero sí reuniones de trabajo de las maestras. Un día hay una jornada de vacunación. No tengo por qué ir a la escuela, pero le pido a mi mamá que me deje acompañarla para estar con Sonia. Ella se opone con brutalidad: “¿Vos pensás que Sonia va a querer estar con una cretina como vos?”. Me empaco. Voy igual, a su pesar. Y en una conversación casual, entre risas, Sonia justo usa esa palabra: “cretina”. Me escondo y lloro, nadie entiende bien por qué. En un papel escribo la historia, la guardo, aún está en un cajón.

Tiempo después, Sonia —que además de maestra de escuela es una artista exquisita— me invita a su taller, que

queda en la enorme y bella casona familiar en la que vivía, en la esquina de las calles Colón y Paz de Quilmes. Paso toda una tarde en su lugar de trabajo, conversamos, me hace sentir importante, valora mi compañía. Al despedirme, me regala una cerámica con una frase de Juan Ramón Jiménez: “No sé con qué decirlo porque aún no están hechas las palabras”. Soy una adolescente, Sonia ya no está en la escuela y yo tampoco. Años más tarde, ya adulta, encontré las palabras para decirle que esa tarde calmó el dolor de una herida, aun sin darme cuenta en ese momento.

* * *

Estoy por terminar sexto grado. La señorita Haydée es tan cariñosa conmigo como mi madre lo es con sus alumnos. Este año tiene en segundo al mismo grupo con el que empezó en primero y culminará en tercero. Para entonces, conocerá a esas nenas y nenes casi más que a mí, o al menos eso siento. Es una excelente docente, la adoran. Sus compañeras y el equipo directivo también. Miro su cuaderno de actuación. El primer ingreso a una escuela es en 1959, después de haber trabajado en varios comercios junto con mi padre. Mi hermano tenía tres años y ya lo podía mandar a un jardín de infantes. La titularizan en 1960. En junio de 1973 la directora de la Escuela 47 hace una “Valoración general de la actividad pedagógica desarrollada hasta la fecha”. Escribe:

A través de su actuación la Sra. de Cesaroni⁶ demuestra su vocación, amor a la profesión y eficiencia al ejercerla. Llevó a la práctica las nuevas técnicas educativas con óptimos resultados. Su excelente conducción del aprendizaje basado en conocimientos psicopedagógicos hace que su acción sea fructífera en

6. El apellido de mi madre es Depalma, pero como es uso y costumbre en esos tiempos, desaparece y solo usa, mientras está casada, el de mi padre.

los aspectos formativos e informativos. Persiste en el esfuerzo creador y vitaliza su quehacer con diferentes recursos tendientes a la adecuación de los distintos temas y objetivos, de allí el excelente resultado de su labor educativa, pues tiende siempre a la formación integral y a las vivencias de los valores espirituales. Es guía efectiva, hay comunidad entre nuestros niños y hogar (sic). Es solidaria con la tarea de esta Dirección, con sus compañeras, despierta respeto y cariño. Posee excelente cultura general evidenciando en la desenvoltura de su trato diario, en la redacción de sus escritos y en su participación en las reuniones de Perfeccionamiento Docente. Sobre esta base ha desarrollado un excelente caudal de conocimientos profesionales. Conoce y aplica los recursos más modernos. Está siempre despierta a acrecentarlos con inquietud y entusiasmo. Su asistencia perfecta hasta la fecha la hacen acreedora de una merecedora felicitación, a esta Dirección le consta el sacrificio que representa mantener tan elevado índice de asistencia.

Lejos de estas consideraciones, solo siento celos y rabia cuando miro de reojo a mi madre en los recreos rodeada por sus alumnas y alumnos. La abrazan, son abrazados por ella. No me invita jamás a sumarme a ese coro de mimos, así que busco consuelo en mis maestras. Hoy pienso que quizá le resultara más fácil ser cariñosa con sus alumnos y alumnas durante unas horas al día que conmigo. O quizá algo le impedía hacerme saber que me amaba. Nunca pude hablar con mi madre sobre ese y otros dolores. En sus cartas, cuando me voy de vacaciones con mis abuelos, y después, cuando me vaya sola, de campamento en el país, de brigadista a Nicaragua, o a Europa de viaje iniciático, es cariñosa. Hay fotos en las que se la ve mirándome con ternura. Guardará, en el futuro, recortes de diarios que de algún modo me involucren, o artículos que lleven mi firma, y recibirá orgullosa mis libros. Pero soy una niña y no me abraza ni me besa. Quizá entienda que basta con el cúmulo de obligaciones que cumple a rajatabla: enseñarme a leer y escribir antes de ingresar a primer grado; anotarme para que estudie

dibujo en la Escuela Municipal de Bellas Artes *Carlos Morel*, y llevarme cada sábado por la mañana; pedir los turnos para ir regularmente a la pediatra, al neurólogo y al Hospital de Odontología Infantil en La Boca. Esto es lo más parecido a un paseo que tengo con ella. No hay dinero para hacerme los aparatos de ortodoncia. IOMA, su obra social, no los cubre totalmente, así que una o dos veces por mes nos subimos al tren Roca en la estación de Bernal, bajamos en Constitución, tomamos un colectivo y llegamos al hospital, ubicado en la Vuelta de Rocha del barrio de La Boca. Tiene hermosos murales del pintor Benito Quinquela Martín, y después de esperar un rato me atiende una odontóloga encantadora, que prueba los aparatos entre bromas y palabras amables, hasta que le pierdo el miedo al torno y a la masilla de los moldes de los aparatos que emparejarán mis dientes. De regreso nos metemos en una pizzería de Constitución, siempre la misma, a comer dos porciones de muzzarella y una Fanta, siempre lo mismo. Recorridos, esperas, pizza. No juegos, no risas, no caricias, no mimos: obligaciones. Quizá, ese fue el modo en que mi madre pudo y supo amarme. Y quizá, mostrándome que su felicidad estaba fuera del ámbito doméstico, intentaba mostrarme algo acerca del derecho a elegir cómo y dónde poner el deseo y la energía.

* * *

Cuando Perón puede volver definitivamente a la Argentina después de dieciocho años de proscripción y exilio, hay nuevas elecciones, el 23 de setiembre de 1973, y la fórmula ganadora es la que lo lleva como candidato por el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), junto con su esposa, María Estela Martínez de Perón. El viernes previo a las elecciones vamos con la escuela a la Plaza del Maestro para festejar el Día de la Primavera. Le pregunto a Sonia a quién va a votar. Se aprieta la nariz, se ríe, y me dice: “A Perón”. Mi madre hará lo mismo, con similar desgano, porque las otras opciones son el radicalis-

mo de Ricardo Balbín, la derecha de Francisco Paco Manrique, o los troskos de Juan Carlos Coral. Mi padre hubiera tomado similar decisión, pero como nunca se nacionalizó —lo que años después me permitiría obtener la ciudadanía italiana—, no vota.

* * *

1973: admiro a Salvador Allende y a Fidel Castro, odio a Pinochet y a los Estados Unidos; oí hablar sobre el Che y su muerte heroica en Bolivia; leo y veo noticias sobre Cámpora y Perón; y sé que hay un conflicto grave en Medio Oriente, en el que mi padre está a favor de los palestinos y mi madre se inclina por el joven y moderno Estado de Israel. Y por primera vez en la vida, disfruto de ver fútbol en vivo y en directo. Mi papá me lleva a la cancha de Huracán a ver un partido entre el Globo —que tiene un equipo maravilloso y será campeón— y River. También me lleva a La Plata a ver un Gimnasia-River que culmina con represión. Ese día, agarrada fuerte de su mano mientras nos corrían los caballos y los policías de la Bonaerense, por primera vez en mi vida sentí el miedo que provoca el Estado cuando actúa brutalmente a través de sus agentes.

Amo a mi papá entre otros motivos por este: porque me lleva a la cancha a ver a mi equipo, que no es el suyo, y porque su mano firme me protege de todo peligro.

Y también amo al Zorro, mi personaje favorito. Me da ternura ver cómo, mucho antes de



que se hablara sobre lenguaje inclusivo, me tomo el trabajo de tachar la e de “el”, y agregar la a, para que quede “la”, y modificar la o de “socio”, para que quede “socia”. Mis primeras ideas acerca de lo que es justo y lo que es injusto, además de lo que escucho y leo en mi casa, quizá se las deba a esos mediodías viendo al Zorro caracterizado por el actor Guy Williams, y sus intervenciones contra hacendados explotadores, gobernadores brutales y la soldadesca a su servicio.

* * *

En la Plaza del Maestro de Bernal hay un ombú gigante. Allí nos subimos casi a diario con mi amiga Silvia, que llegó a la escuela en quinto grado. Una tarde doy un mal salto al bajar y me pego con la rodilla en un ojo, que está morado varios días. Otra vez casi me caigo desde la altura. Me salvan Silvia y una rama que me ataja. No me importan esos accidentes: amo estar allí arriba. A veces llevamos galletitas, y charlamos sobre nuestro futuro. Nos soñamos viviendo solas, o juntas, medio jiponas, libres. Somos, se nos dice, “varoneras”, porque nos gusta andar en bici a los piques, trepar a los árboles y no ser tímidas. Algunas tardes también nos subimos a las motitos de los chicos ricos de la barra. Uno es hijo del dueño de una concesionaria de autos; el otro, del de la principal heladería de Quilmes.

Un día, a medio bajar del árbol, aparecen unos pibes en una *Bugetta*, esos autos deportivos y espectaculares que recién este año comenzaron a fabricarse en el país. Toda una novedad en el mercado automotor. Pasan una vez y otra más. Los miramos haciéndonos las lindas. En una de las vueltas, nos dicen: “¿Qué prefieren? ¿Una *Bugetta* o un *Falcon*?”. El *Falcon* no es todavía el símbolo de la desaparición de personas que sería en la dictadura, sobre todo esos de color verde que mirábamos con terror, más aún si su patente empezaba con el número 113, fuera verdad o un mito que esos, justamente esos, eran los que

pertenecían al aparato de inteligencia, y los que se usaban para llevar gente secuestrada. No tienen este rol aún, pero sí son utilizados como patrulleros por las policías. Así que esa anécdota breve contada en mi diario de niña puede leerse hoy como una amenaza de los dueños de la *Bugetta*. Era subirse a ese auto con ellos, o era llevarnos en un *Falcon*. Nosotras, altivas, nos quedamos en el árbol, allá arriba.